

tó así la radical. Mas este amor se expresa en la caricia. Por ende, la finalidad radical del expresar y provocar recíprocamente amor trae consigo, congruentemente, la reciprocidad en el acariciar. La falta de correspondencia es síntoma de falta de asentimiento o consentimiento. Puede ser síntoma de timidez, de pudor, pero si la caricia no vence el pudor y la timidez, es que no se ha llegado a aquella intimidad en la cual, y sólo en la cual, está su plenitud. La caricia propia y plena es aquella sólo en que se percibe que se acaricia, percibiendo y comprendiendo que quien la recibe la percibe y comprende, asiente a ella, consiente en ella, se percibe y comprende acariciado, asiente a ello, consiente en ello y se siente movido a corresponder con otras. La caricia propia y plena es un verdadero con-sentimiento, una literal sim-patía. La caricia es de aquellas cosas que sólo existen plenamente en dualidad, en juego de dos, como padre e hijo, amante y amado, y en dualidad de congéneres, de prójimos. Esta sería, en efecto, la razón decisiva de que el sujeto receptor o recipiente de la caricia propia y plena no pueda ser ni el propio sujeto, ni uno mismo, ni los animales, no se diga las cosas inanimadas. Con uno mismo falta la dualidad. Ya con los animales, el ser próji-

mos, congéneres. Los animales perciben y comprenden las caricias que se les hacen y asienten a ellas o las consienten, pero no pueden comprenderlas, asentir a ellas, ni consentir en ellas como es menester a la plenitud de la caricia. Y sobre todo, no pueden corresponder, puesto que *propiamente* sólo la mano y el hombre pueden acariciar. Las caricias hechas a los animales, prodigadas incluso en casos (esas personas que *pro-hijan* perritos), y mucho más las hechas a las cosas inanimadas no son más que un *desbordamiento* de la humanidad del hombre, que éste puede practicar y practica efectivamente en otros dominios, sin que por ello la humanidad del hombre deje de ser esencialmente humana. Las caricias a los animales y a las cosas inanimadas son un desbordamiento de la *cariciosidad* humana, que es esencialmente humana. Por la misma razón, imposible acariciar a un ángel, a Dios, si no incorporado en un cuerpo humano, si no encarnado en carne humana, si no humanado. Lo que nos enseña, al mismo tiempo, hasta qué punto el cuerpo contribuye a constituir y determinar el género.

El sujeto que acaricia, el hombre; el objeto acariciado, un sujeto capaz de percibir y comprender la caricia, asentir a ella, consentir en ella, corresponder a ella con otras — el

hombre. Pero tampoco todos los hombres igualmente.

El ser humano como destinatario de la caricia, como el acariciado, sugiere temas y plantea problemas tan atractivos, fértiles e inabordables aquí como los sugeridos y planteados por el hombre como el expresivo, el acariciador. Había tipos de acariciadores. ¿No los habrá de acariciados? E incluso en dos dimensiones. Una, constituida por la preferencia del acariciador. ¿A quién se prefiere acariciar? ¿a quién se acaricia preferentemente? ¿quiénes resultan preferentemente acariciados? ¿los niños, las *tiernas* criaturas? ¿las mujeres? ¿las mujeres por los varones o los varones por las mujeres? La otra dimensión estaría constituida por las inclinaciones del acariciado. El que gusta de ser acariciado y busca serlo. El que rechaza las caricias. ¿Quiénes y por qué son estos tipos? ¿Buscadoras, si no busconas, perdón, de caricias, las mujeres, por feminidad? ¿rechazadores de las caricias, los varones, por masculinidad?

La caricia es una relación esencialmente *inter vivos*. Es menos porque es más. Los vivos entre los cuales se da son menos que todos los vivos, porque lo requerido es más de lo que pueden dar la mayoría de los vivos. Los vivientes vivos entre los cuales es esencial-

mente relación la caricia son exclusivamente los seres humanos. La caricia es esencialmente expresión de relación entre seres humanos.

Y ahora, examinada la caricia bajo los puntos de vista de LO *acariciador* y LO *acariciado*, el *acariciar* y lo *expresado* por él, EL *acariciador* y EL *acariciado*, podemos inquirir el *sentido* ÚLTIMO de ella.

La caricia es una expresión de índole tan singular, que está hecha, por decirlo así, para un objeto, y para un determinado objeto, exclusivamente: la *caricia* está hecha para la *carne*. ¿Por qué? Porque únicamente la carne reúne las condiciones que la caricia requiere de su objeto, porque únicamente para la caricia tienen sentido las cualidades distintivas, privativas de la carne, porque la carne está hecha para la caricia. Bien es verdad, no toda carne igualmente. Lo que enseña que no toda carne es igualmente carne, es la carne por excelencia. Se acaricia las pieles, los pelos, las plumas de los animales. Pero estas caricias ¿no se quedan en la superficie de esas pieles, pelos o plumas, *aisladores de la mano y de la carne*, comparadas con las caricias hechas a la desnuda piel humana, qué en lugar de un aislador de la carne, es lo que hace *comunicar, comulgar* con ella? La *carne* es la *carne viva*, la carne *animada* por el *alma*

*animal*, pero sólo por modo deficiente, relativamente a la carne viva, animada por el espíritu de los seres humanos. Únicamente ésta ha logrado llegar a reunir la complexión y la cultura requeridas por la complexión y la cultura de la mano acariciadora.

*Carne* deriva de *caro*, *carnis*, *carne*. *Caricia* deriva de *carus*, *querido*. De esta misma palabra deriva, con *caricia*, *cariño*. Entre *caro*, carne, y *carus*, *querido*, no encuentra, sin embargo, una relación etimológica la lingüística. Tanto peor para ella.

La adaptación material de la mano acariciadora a la superficie acariciada es la expresión de otra adaptación, menos material: la adaptación de lo expresado por la caricia, del amor de que la caricia es expresión, al objeto más propio y pleno de la caricia, a la carne de los seres humanos. El amor expresado por la caricia, el amor adaptado a la carne de los seres humanos es el cariño. Todas las cualidades distintivas, privativas de la carne requeridas por la caricia confluyen en una: en ser tierna. Ya la carne viva en general se distingue por ser tierna: es menester que a endurecerla venga la enfermedad, la rigidez cadavérica, o bien que la descomposición cadavérica venga a reblandecerla, a disolverla, porque la ternura o ternura no es una blandura sin cierta

consistencia, turgencia, tersura. Pero únicamente la carne de los seres humanos es tierna, no sólo con la blandura turgente y tersa de una complexión, sino con la delicadeza toda de una cultura. El amor de que es expresión la caricia, el cariño, es el amor de la ternura. La triple suavidad de la caricia, suavidad de la mano acariciadora, suavidad de la superficie acariciada, suavidad del acariciar, responde a la triple ternura de la carne de la mano acariciadora (no se olvide que acariciamos con la parte interior, la parte protegida, suave y sensible de la mano), ternura del cariño del acariciar, ternura de la carne acariciada. La carne se hizo en el ser humano singularmente tierna para poder ser objeto de la ternura: el hombre inventó la ternura para lo tierno de la carne. El cariño, la ternura es ese amor que renuncia a lastimar lo tierno de la carne, manteniéndose en esa suspensión inestable y deliciosa, deliquiosa, entre la TENDENCIA hacia lo amado, esencial a todo amor, y la DETENCIÓN ante lo tierno, esencial a este amor. Naturalmente, esto no basta ni siquiera como definición, mucho menos como descripción y caracterización de esta especie de amor, del cariño, de la ternura. Pero aunque el cariño y la ternura son lo expresado por la caricia, la fenomenología del cariño y de la ternura como

tales rebasa los límites de la fenomenología de la caricia y desde luego los de estas conferencias. La fenomenología de la caricia no puede hacer más que dejarnos en los umbrales de la fenomenología del cariño y de la ternura: ésta entra propiamente sólo en la arquitectura de otra exclusiva del hombre. Aquí, lo único que podemos hacer ya es preguntarnos: ¿cuál es el *sentido último* de la *caricia*, el *cariño*, la *carne*? Y ver si logramos respondernos.

En el principio fué el *contacto* entre *objetos*. La *co-existencia* de las *cosas materiales* se realiza por el *contacto* de unas con otras. Después, fué el *tacto* del *objeto* por el *sujeto*. La *convivencia* de los *seres vivos* sigue realizándose por el *contacto* de unos con otros, pero *empieza* a realizarse por medio de las *expresiones de contacto y a distancia*. La *convivencia humana* se realiza en acrecida, parece incluso que en *creciente* proporción, según vamos a ver en seguida, por medio de estas *expresiones a distancia*. Del *tacto* se desprendieron la vista y el oído, sentidos *de la distancia*. En el ser vivo en que ellos *privan*, en el hombre, el *sujeto*, *distanciado* de sus *objetos*, incapaz de apropiárselos, de poseerlos, reducido a contemplarlos *teóricamente*, a saber de ellos por el testimonio de su

*voz*, es *espíritu*, relativamente puro, relativamente independizado, *distanciado* de la materia, del cuerpo, de la carne. A la *distanciación material* del órgano del sentido respecto del objeto corresponde una *distanciación espiritual* del sujeto respecto del objeto *y respecto de su propio cuerpo, carne*. Pensemos por un momento en la relación de precedencia y causalidad entre la *distanciación material* y la *espiritual*. Con arreglo a las ideas generalizadas desde hace un siglo, la material sería la precedente y la causa de la *espiritual*: porque ojos y oídos se despegaron materialmente de su objeto, el espíritu está, en visión y audición, a continente distancia de los mismos objetos, y aún de su propio cuerpo, carne. Bien pudiera ser fundado, no obstante, el pensar lo contrario: que la *distanciación espiritual* sea la precedente y la causa de la *material*; pero como las ideas contrarias no están aún suficientemente generalizadas, me contentaré con decir: el venir el espíritu independizándose, purificándose, significa que *tiró* del *tacto*, y bajo forma de vista y oído, lo separó de sus objetos. Por lo mismo, en la vista y en el oído, la *doble* *distanciación* del espíritu, su *independización* o *purificación* de la carne, por su separación de los objetos, es *hecho consumado, suceso pasado*; pero . . . El

espectáculo, único, pasmoso, del espíritu en trance de independizarse o purificarse, de distanciarse del cuerpo, de la carne, y de separarse, de distanciarse de su objeto, es evidente que no podemos presenciarlo donde ni cuando está ya consumado, pasado, es evidente que sólo podemos presenciarlo en el punto e instante en que se *incoa*; pero en la caricia se *incoa*, podemos presenciar el espectáculo. En la caricia, el tacto, sin distanciarse aún materialmente, está en trance de distanciarse espiritualmente. En la caricia, la mano no se separa de la superficie acariciada, antes busca su contacto, pero es un contacto suave, tímido, púdico, fugaz. Es que *la separa*, es que *tira* de ella el espíritu. En el fondo de la caricia divisamos una represión del contacto, una incoación del distanciamiento, una suspensión única entre el espíritu y la materia, una *destilación del movimiento material en ahondamiento íntimo, personal, espiritual, un alambicamiento en quintaesencia de ternura*, el espíritu en trance de alzar el vuelo, de la materia de su sujeto y juntamente de su objeto material, *¿tirando del tacto hacia un nuevo sentido de la distancia, que se preñaría en la caricia?* La caricia parece, en efecto, una *expresión de contacto en trance de convertirse en expresión a distancia*. Todo ello parecería

indicar que entre *contacto* y *expresión* habría un cierto *antagonismo*, que en la convivencia el instrumento del *contacto* vendría siendo sustituido, y estaría destinado a serlo del todo, por el instrumento de la *expresión a distancia*, que acabaría por ser la *expresión a secas*. ¿Querrá el espectáculo único y pasmoso en el fondo infinito del minúsculo hueco de la mano que acaricia decir que la evolución continúa efectivamente, que el hombre está en evolución hacia la distancia de los objetos en todos los sentidos, inclusive en el tacto, que, naturalmente, dejaría de ser *tacto*, hacia la espiritualidad absolutamente pura? ¿Nos amenaza justamente la caricia con una futura imposibilidad de acariciar, sino figurada y *nostálgicamente* con los ojos, y acaso con el nuevo sentido de la distancia que sustituya al tacto?

Mas la caricia estaba hecha para la carne, porque la carne estaba hecha para la caricia, y la caricia es la expresión de un amor de intimidad personal, espiritual, personal, espiritual él mismo. ¿No son las premisas de un silogismo cuya conclusión inevitable es: el espíritu es para la carne?

Corrientemente se piensa aún, porque se viene pensando tradicionalmente, que nuestros cuerpos son los enojosamente entremeti-

dos aisladores de nuestros espíritus. Ah, si fuésemos espíritus puros, qué fusión la nuestra, vienen a pensar, por ejemplo, los enamorados ingenuos, que sienten un vago o preciso anhelo de simultánea muerte, imaginando otra vida de más cariciosas uniones. Y sin embargo, quién sabe si no se llevarían un desengaño morrocotudo. Y no simplemente porque ya no podrían tender la mano hacia la carne, espíritus puros. Sino por algo más, más radical. Es probable que los espíritus puros tengan una *individualidad* — personal — tan *absoluta*, que sean *incomunicables* entre sí. En esta probabilidad, los espíritus sólo podrían entrar en comunicación *encarnándose*. Los espíritus no podrían *fundirse* más que *relativamente por medio de la carne*. La carne, los cuerpos, nuestros cuerpos serían los afables intermediarios de la comunicación, los amables instrumentos de la relativa fusión de nuestros *espíritus*, es decir, de *nosotros*. Esta comunicación de los *espíritus*, esta su relativa fusión, esta *nuestra* comunicación, *nuestra* relativa fusión *por medio de la carne* es lo que sería la *intimidad*. Espíritus en sí incomunicables puestos en comunicación por la carne: es la estructura que expresarían la caricia, el cariño.

La caricia empieza por parecer un fenó-

meno de orden sexual, indicativo de la reducibilidad de todo lo superior al orden natural, a este orden natural. El examen va, empero, mostrando en ella un fenómeno de un orden superior al sexual, al natural, hasta tal punto, que amenaza con deshacernos absolutamente del orden natural. Un examen más acabado hace, a su vez, vislumbrar que quizá no se deba ir tan lejos.

La filosofía ha pensado una de estas dos cosas: o que no hay más que el orden de la naturaleza, que por lo mismo abarcaría al hombre, de suerte que en el hombre no habría más que este orden natural, o que hay, además de la naturaleza, por encima de ella, un orden sobrenatural, y que el hombre entraría en parte en el orden natural, por otra parte en el sobrenatural, pero sin que esto último significase que el orden sobrenatural fuese humano, sino que el orden *sobrenatural* sería *también sobrehumano* y el *hombre* entraría en un orden *sobrehumano*. La caricia es la mejor revelación y la mayor prueba de que en el hombre hay, además del amor sexual, un amor de otro orden, *además del orden natural, un orden SOBRENATURAL*. Esta sería la enseñanza mínima, pero inconfutable, de la caricia, de suerte que si por otras vías no supiésemos de la existencia del espíritu, *la ca-*

ricia bastaría para revelarla y probarla. Pero si resultase que el espíritu era para la carne, habría que profesar una *tercera y nueva filosofía*.

En el hombre habría un orden *sobrenatural*, pero este orden *sobrenatural* no sería *sobrehumano*, sería simplemente *humano*. Habría lo *sobrenatural*, pero no lo *sobrehumano*. Lo *humano* incluiría lo *sobrenatural*.

El vocablo "trascendencia" y sus familiares han gozado siempre de buena boga en la filosofía, mas, en la actualidad, están singularmente de moda. Permítanme, pues, servirme de él para expresar lo acabado de sugerir en términos técnicos, que dedico especialmente a los técnicos en filosofía que pueda haber entre ustedes.

En el hombre hay una *trascendencia*, pero no sería *externa* a él, sería *interna* a él. Estaría entre lo *natural* y lo *sobrenatural* en el *hombre mismo*, pero no entre el *hombre* y un orden *sobrenatural fuera de él, por encima de él, sobrehumano*. La *trascendencia* sería la estructura de un ente *doble*, no la de un ente *finito*, más allá o por encima de los límites del cual habría otro orden del ser.

Ahora, para indemnizar a los no técnicos, permítanme sugerir lo mismo en otros términos, que, aún siendo míos, pienso van a resul-

tar más poéticos. Hay caricias *angélicas, divinas*. No son *sexuales*, pero tampoco *sobrehumanas*, en verdad. Los ángeles, los buenos y los malos, porque también hay caricias *diabólicas*, y Dios, estarían en nosotros, en el hombre. La caricia es un fenómeno que inclina a tomar con singular seriedad el "*in interiore homine habitat veritas*".

En conclusión. Tres posibilidades. Orden natural. Orden *sobrenatural sobrehumano*. Orden *sobrenatural humano*. La caricia descarta *definitivamente* la primera. Esta es su aportación *decisiva* a la filosofía. Esta la justificación de que la filosofía en general, de que yo en estas conferencias me ocupe, me haya ocupado con ella. Pero ¿y entre la segunda y la tercera posibilidad, la elección? Para hacerla con fundamento, la caricia, por desdicha, no basta. Son menester las demás *exclusivas del hombre*.